

## DE ACADÉMICO A PERIODISTA: LORENZO MEYER

Por Gracela Barabino

**S**i a los 15 años de edad el estudiante de agronomía Lorenzo Meyer hubiera sido capaz de conseguir un calendario con la foto de una mujer desnuda, probablemente nunca habría llegado a convertirse en un respetado catedrático de relaciones internacionales, ni habría recibido el Premio Nacional de Periodismo que le otorgaron este año por sus lúcidas columnas editoriales. Explicación: criado a medias entre la ciudad y el campo, el jovencito Meyer deseaba ser agrónomo, pero no pudo resistir las crueles novatadas habituales en la escuela de Chapingo (por ejemplo, proveer de material pornográfico a los alumnos mayores, o ser semiahogado en la alberca); y acabó convirtiéndose en uno de los críticos políticos de mayor prestigio del país.

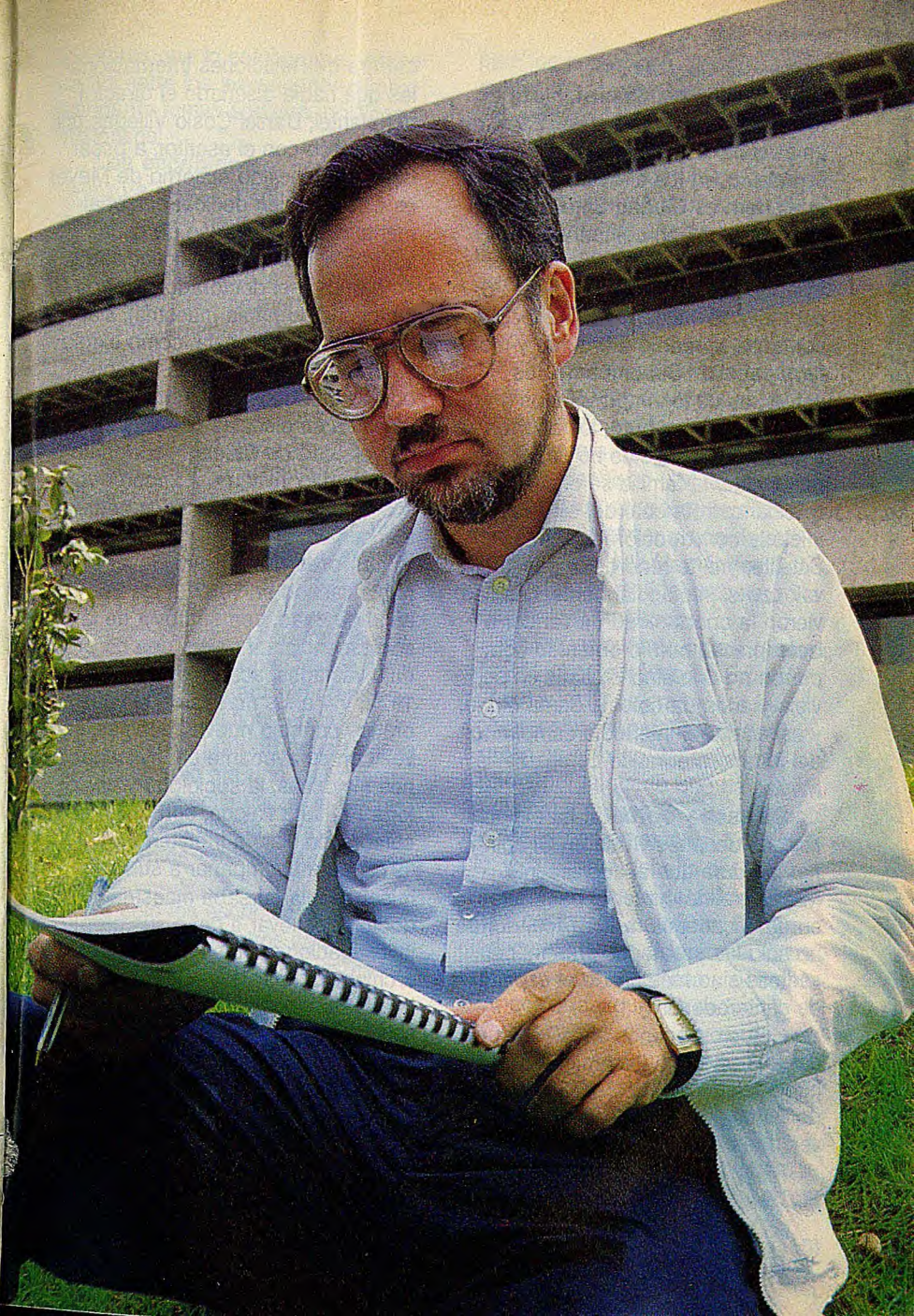
**Entre apapachos:** El segundo de los 5 hijos de un polifacético milusos que fue mecánico, soldado, carpintero y vendedor de juguetes, Meyer nació en el DF en 1942, y al año y medio de edad experimentó alivio cuando sus temperamentales progenitores se marcharon a

Baja California y lo confiaron al cuidado de 2 sobrepensoras tías solteronas.

El niño Meyer estaba tan a gusto con las caricias y regalos de sus tías, que se enamoró de la infancia y sufrió horrores el día que tuvo que salir de la casa para ir al kínder. Cuando empezó la primaria, era un niño tímido y quisquilloso que diariamente volvía de la escuela con quejas, seguro de que sus tías, lejos de regañarlo, lo cambiarían de plantel y redoblarían los mimos. Media docena de veces mudó de escuela, hasta que dio con una de su agrado, muy cerca de su casa, en la vieja colonia Santa María: —Era una escuelucha dirigida por un maestro mal vestido —recuerda el escritor—, pero sólo éramos 6 alumnos, y eso me encantó.

**Interludio bucólico:** También le encantó la siguiente etapa de su formación: las amantes tías decidieron comprar 3 hectáreas en el campo y establecer una granjita para criar

**No pudo llegar a agrónomo, pero se convirtió en prestigioso catedrático.**



pollos, cabras y vacas.

—Su idea era utópica, hasta romántica —dice Meyer—. Eligieron un pueblito llamado San Lucas de Tepetlaco, en los alrededores de lo que ahora es Ciudad Satélite, y nos mudamos allá en compañía de mi abuelo.

Empezaron con 200 pollos, 25 cabras y 15 vacas, y Meyer, loco de contento, aprendió a ordeñar y montar a caballo. Sin embargo, los esfuerzos de los improvisados granjeros no rendían fruto; los ahorros se acababan, el negocio no daba ganancia y la familia se encaminaba a la bancarota cuando, en 1959, se inició la construcción de Ciudad Satélite, y el terreno de la granja se valorizó espectacularmente. Las tías vieron la oportunidad de vender a buen precio, con lo obtenido compraron no una sino 2 casas en su vieja y añorada colonia Santa María, y así acabó el interludio campirano del futuro catedrático Lorenzo Meyer.

**De saco y corbata:** La experiencia que después viviría en Chapingo fue tan dura que el adolescente Meyer prefirió cursar el bachillerato en una academia militarizada, donde no sólo las novatadas eran menos sádicas sino más cálido el espíritu de camaradería.

—Fueron buenos años —recuerda—. Hice todos los amigos que no había tenido nunca. Estuve encargado de mi grupo y casi llegué a convertirme en teniente.

A los 18 años, Meyer ingresó a El Colegio de México, a cursar la

carrera de Relaciones Internacionales que había diseñado el director del plantel, Daniel Cosío Villegas (sin parentesco con el escritor, a pesar de que el apellido materno de Meyer es Cosío), quien decidía personalmente sobre el ingreso de cada aspirante. Completó la licenciatura en 3 años y el doctorado en otros 3 (entonces no había maestría), siempre de saco y corbata, como exigía el director Cosío Villegas. Después obtuvo una beca para cursar la maestría en ciencias políticas en la Universidad de Chicago, con tanto éxito que lo invitaron a impartir cursos en varias universidades norteamericanas.

**Labores del hogar:** Meyer se había casado en 1967, a los 25 años de edad, con su novia de la adolescencia. La unión, que no produjo vástagos, acabó en divorcio en 1972, y 4 años más tarde el catedrático contrajo nuevas nupcias, esta vez con su ayudante en investigaciones históricas, la socióloga y politóloga Romana Falcón, con quien el catedrático viajó a Inglaterra en 1976, para acompañar a su mujer mientras ella cursaba maestría y doctorado, llevar a cabo sus propias investigaciones independientes en archivos británicos y realizar las tareas del hogar mientras la esposa asistía a clases y presentaba exámenes (dice que las labores hogareñas le resultaron muy placenteras).

Con su segunda esposa Meyer ha tenido 2 hijos, ahora de 6 y 11 años de edad, y mientras los niños crecían escribió más de una docena

de libros que lo colocaron en primera fila entre los investigadores mexicanos de temas sociales, políticos e históricos.

**Los escritores:** En 1982 comenzó a escribir para *Excélsior*:

—Al principio no me tomaban muy en cuenta —dice el escritor—. Mis artículos, en la página editorial, eran vistos como las inexpertas elucubraciones de un académico alejado de la realidad cotidiana, y algunas veces los publicaban varias semanas después de la fecha propicia. Sin embargo, poco a poco me gané una columna. Creo que mi virtud principal es la constancia.

Reconoce que en *Excélsior* nunca le han aplicado censura, aunque una vez sí lo atacaron duramente:

—Yo había escrito que «no vale la renovación moral con fraude electoral», y un tal Enrique Castilla me respondió con un artículo ofensivo. Asombrado, investigué en la redacción y descubrí que Enrique Castilla no existía: sólo era uno de los seudónimos que solía utilizar la Secretaría de Gobernación para atacar a los disidentes —recuerda, con ancha sonrisa.

No sólo los escritores de Gobernación sino otros columnistas en apariencia independientes han sentido a menudo tentación de atacar a Meyer, porque el catedrático, con su honrada libertad de criterio, los irrita, les da envidia, los pone en evidencia. En uno de sus artículos en *Excélsior* (31 de diciembre de 1986), Meyer se burló de los que escriben no para el público sino

para los poderosos, con el secreto anhelo de obtener becas, senadurías, embajadas o asesorías. Explicó entonces que él prefiere escribir para el hombre común, para «contribuir a crear una cultura cívica que algún día fuerce al poder a ser responsable y convertirse en servidor de la sociedad, y no al revés.»

**Pedradas:** Muchos rechinaron los dientes pero nadie se atrevió a replicar a aquel lapidario artículo de Meyer. Tampoco contestaron cuando el catedrático, un fervoroso cardenista (compara a Cuauhtémoc Cárdenas con Francisco I. Madero), se volvió contra los pseudoizquierdistas que intentaron defender a uno de sus mecenas, Joaquín Hernández Galicia, cuando el ex líder petrolero fue arrastrado a la cárcel:

«Salvo un puñado de asociados», escribió el catedrático en *Excélsior* del pasado 19 de enero, «no es comprensible ni justificable que alguien en México derrame una lágrima por la suerte que ha corrido (la Quina) a manos de sus antiguos aliados gubernamentales. En principio, la izquierda debería ser la que menos lamentara la caída del viejo y brutal cacicazgo petrolero. Desgraciadamente no ha sido ése el caso y hoy vemos con sorpresa y decepción cómo la izquierda se halla abiertamente dividida por un motivo inverosímil: ¡Por un conflicto en el seno del grupo enemigo! Ayer, hoy y siempre, las alianzas tácticas de fuerzas supuestamente democráticas con personajes e intereses representados por la Quina, son inaceptables.»

**Sorpresota:** Meyer no le otorgó mayor importancia al Premio Nacional de Periodismo (sólo le complace que ahora sus artículos aparezcan en la primera página de *Excélsior*), ni se le ocurrió pensar que el hecho de que lo eligieran a él para otorgarle la distinción, precisamente a él, podía ser indicio de la mayor sorpresa de su vida, la que se llevó el catedrático cuando en julio pasado el presidente de la república ordenó respetar el triunfo de la oposición en Baja California.

Pero reaccionó de inmediato: mientras otros cardenistas refunfuñaban con desagrado, Meyer fue de los primeros intelectuales de alto prestigio que se atrevieron a aplaudir con entusiasmo la decisión del primer mandatario: «¡Por fin sucedió lo que temí nunca ver en mi vida, y aún

me cuesta trabajo creer: la posibilidad de una alternancia en el poder por la vía institucional y democrática en México!», escribió en *Excélsior* del 6 de julio. «Se trata apenas de un cambio a nivel local, pero dada nuestra historia política, es un cambio gigantesco, monumental. Lo que hoy pierde el PRI lo gana la sociedad y sus posibilidades de evolución pacífica y constructiva.»

El catedrático está a punto de publicar una nueva obra (*Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana*) y, si bien con frecuencia añora la vida campirana de los agrónomos, cree que fue buena fortuna no haber podido conseguir aquel calendario con la foto de una mujer desnuda. Sus lectores opinan lo mismo. □